

El niño en su crisis. Literatura infantil

Hay una pregunta repetida una y cientos de veces, un asunto fundante en que teóricos, docentes y escritores no nos ponemos de acuerdo.

¿La literatura infantil y juvenil es solamente un invento del mercado?

¿Tiene razón de ser?

¿No es preferible que los niños y los jóvenes lean a los escritores universales?

La cuestión no es de fácil respuesta. Y parece evidente que en este punto transitamos un territorio movedizo, donde cualquier premisa debe someterse a muchos y variados recortes.

Aceptar la existencia de la literatura infantil y juvenil impone trazar una línea demarcatoria de territorios. Hasta aquí literatura infantil, desde aquí literatura juvenil, de aquí en adelante literatura para adultos.

Seguramente podría citarse una serie de marcas periféricas que distinguen una literatura de la otra.

Por ejemplo, la presencia de un mediador. En literatura infantil y juvenil no se trata del amigo que sugiere o del librero que recomienda sino de instituciones familiares y escolares que inciden en la determinación de cuáles son los textos “apropiados” para lectores niños o jóvenes. El espaldarazo de estos agentes sociales a tal o cual libro no tiene que ver tan solo con los valores literarios de dicho texto, muchas veces es primordial su resolución ética y la ayuda efectiva que pueda prestar en el trabajo de formación escolar.

Otra cuestión son las marcas paratextuales que tienen por objeto dar a conocer el libro tanto a quienes lo leerán, los niños, como a quienes

van a comprarlo, los adultos. Ilustraciones, tipografía, lomo, indicadores de edad, colección, etc., adquieren, en libros de literatura infantil y juvenil, una alta fuerza significativa. Tanto más, por cierto, que los libros destinados a adultos.

Pero llegamos a lo esencial: el texto literario. Y aquí retomo el concepto de línea demarcatoria, de límite.

Niños de un lado, adultos del otro.

No pienso en la palabra límite como en una prohibición o una instancia que no debe transponerse.

Pienso en ella como en un concepto que nos preserva de olvidar al lector en el camino. La literatura es un modo de la comunicación, sin la cual no hay hecho literario. Y esto implica que el lector debe poder decodificar el texto que lee.

Parto de la premisa de que existe una literatura “provechosa” para los jóvenes. Y entiendo como provechosa no la literatura utilitaria o didáctica, textos que tienen forma y altanería de dedo admonitorio al señalar lo que se debe y lo que no se debe, sino aquella literatura que produce una crisis en el lector.

Toda buena lectura; digo, todo acto de lectura acabado conlleva una crisis. Crisis en su sentido primario, que implica separación, distinción, elección, decisión, disputa, emisión de un juicio. Si un texto literario no nos permite separar, distinguir, elegir, decidir, disputar y emitir un juicio, ese texto literario no es para nosotros.

Esta relación “crítica” con el texto está directamente ligada a la comprensión, y la comprensión está ligada a la masa existencial de los lectores.

Puesta a seleccionar el rasgo que coloca un texto dentro de los límites de la literatura juvenil, señalaría la relación forma-contenido: una específica, que debe encontrar eco genuino en los saberes vivenciales que posee

el lector joven. De otra manera no hay decodificación, o hay una decodificación demasiado precaria como para que el encuentro de ese lector con ese texto sea fructífero.

Ahora bien, ¿esto supone degradación del hecho artístico? ¿Pone a la literatura juvenil en la periferia del sistema?

Mi respuesta personal a este interrogante es rotunda: no.

La literatura juvenil no es divulgación literaria, ni debe serlo. No se trata de un conjunto de textos que preparan a las personas para que un día puedan acceder a la literatura con mayúsculas, o bien subsanen para el diario vivir unos saberes deficitarios. Literatura infantil, juvenil, literatura para adultos... son ramas de la misma disciplina.

La divulgación de la física, por ejemplo, no produce teoría, no genera, mediante determinadas metodologías, conocimientos nuevos. La divulgación científica “traduce” a registro coloquial las producciones de la ciencia.

En cambio, la literatura juvenil, literatura antes que nada, se enfrenta a la tarea de resignificar y organizar el lenguaje para que alcance categoría estética. En literatura juvenil no hay traducción, sino producción positiva y de primera mano.

Un escritor de literatura para niños o jóvenes, como cualquier otro, se enfrenta a búsquedas y decisiones conceptuales y formales, no evade ni minimiza las dificultades. La literatura juvenil no es precalentamiento, es pleno juego.

Antes dije que el hecho literario no sucede si no sucede la comunicación... Ahora bien, pensar que la literatura dirigida a los jóvenes, porque requiere ajustar sus códigos a la competencia del receptor, es de segunda línea nos pone peligrosamente cerca de la idea de que ese receptor es de segunda línea.

A sabiendas o de modo intuitivo el escritor que se dispone a hacer

literatura para niños o jóvenes organiza y prioriza de un modo particular los elementos de la narración, sin que ello signifique desmedro ni facilismo.

Otra cuestión en que deseo detenerme es la incidencia de la ética.

La literatura, cualquiera sea, se posiciona inevitablemente en una franja del espectro ideológico y ético.

La presencia fuerte y clara de determinados valores éticos, o la ausencia de disvalores, suele ser un requerimiento por parte de los adultos mediadores. Es frecuente verla como argumento de una premiación, o aun como requerimiento en las bases de concursos o premios literarios.

El escritor de literatura dirigida a niños y jóvenes sabe que sus receptores están en una etapa de doble formación: como individuos y también como lectores. Si escribo para un ser humano en formación, ¿debo procurar que el texto sea proveedor de valores éticos y humanos? Esta vez mi respuesta personal es sí.

En realidad, y más exactamente, mi respuesta es: Sí, pero...

Digo esto porque, exactamente igual que en un relato para adultos, si pretendemos que la literatura juvenil sea eficiente en este cometido debemos pararnos en el extremo opuesto a la obviedad, al panfleto. Y crear textos con espacios abiertos para la vacilación y la duda. En literatura la contundencia del contenido solo se logra por la contundencia de la propuesta estética. En literatura no hay otro contenido que el de la forma. En realidad, si debiera elegir una definición de literatura, adheriría a la que afirma que son literarios los textos donde la forma se hace contenido.

Quienes nos aprontamos a hacer literatura juvenil no estamos con un centímetro en la mano midiendo complejidades... para ver si se nos rebasó un poquito de este lado o de aquel otro.

Como cualquier escritor, tenemos una historia, y sabemos a quien

queremos contársela. El público adulto presenta una infinita variedad de gustos, apetencias y competencias lectoras. De modo que nadie puede pretender que con solo proponerse escribir para adultos, ni aunque lo haga muy bien, tiene asegurada la aceptación del público adulto en su totalidad. ¿Alguien cree que es diferente con los jóvenes o con los niños?

Escribir para jóvenes implica también elaborar con el lenguaje una propuesta estética que tomará o comprenderá solamente un sector de ellos, en tanto otros, no lo harán.

No es posible decir que la literatura juvenil limita al Sur con una extensión estimada de entre 60 y 80 páginas, al Norte con la estructura de Propp, al Este con un narrador que oriente las simpatías del lector y al Oeste con el imperio de situaciones y personajes protagónicos adolescentes. La literatura juvenil está contenida entre la doble exigencia de hacer arte con el lenguaje y acceder al complejo vital de un lector en formación.

La literatura no es un lugar cómodo, no es una reposera donde el lector se desparrama para ver pasar la vida. La literatura no debería ser una suspensión temporaria del aburrimiento; un trance de anulación del cual el lector, niño o adulto, sale tal como entró. La literatura, si lo es, provoca, inquieta, intranquiliza, desarma. La literatura es un lugar de emoción, por lo tanto, de conmoción.

Literatura Espejo

Tal vez sea bueno aclarar que la literatura destinada a jóvenes no debe, por fuerza, duplicarlos, referenciarlos con exclusividad, tenerlos como único objeto narrativo. Por el contrario, los adolescentes necesitan ventanas antes que espejos. Y requieren otredad, más que ensimismamiento.

Queremos llegar a nuestros jóvenes, buscamos acercarnos a sus problemáticas directas. Bueno, pero hagámoslo con propuestas artísticas. No hagamos demagogia ni nos conformemos con el acto mecánico de la lectura.

Me gusta recordar que la literatura es un arte.

Su condición de disciplina artística la exime de ciertas modalidades y propósitos; por ejemplo: la admonición, la información, la autoayuda, la terapia...

Y en cambio, compromete a nuestra literatura con la poesía.

No hablo específicamente del género lírico: estrofas, rimas, verso pautado o libre. Hablo, sí, del lenguaje poético, del que deviene de una poética y puede aceptar distintas voces y distintos estilos: la sobriedad, el minimalismo, la parquedad, la abundancia, la brutalidad, la dulzura.

Lo que no puede suceder es que tal propuesta sencillamente no exista. Es decir que el entramado que es un texto no esté sustentado, de principio a fin, según unas correspondencias entre la forma y el contenido, entre lo dicho y lo callado, entre lo manifiesto y lo latente. Decisión ética y estética del autor. O, en otras palabras, su poética.

Todas las formas del arte problematizan su materia prima. La música problematiza los sonidos y los silencios, la pintura el color, la forma, la perspectiva... La literatura debe problematizar su materia prima, el lenguaje. De lo contrario, corremos el riesgo de centrarnos en "qué" se cuenta y olvidar "cómo" se cuenta. La literatura es un discurso artístico, por lo tanto no puede haber primacía del contenido sobre la forma. Debe haber, más bien, una adecuación, una alianza plena sin la cual el hecho literario desaparece.

Y para que haya un lenguaje poético debe haber antes un pensamiento poético. Con este concepto deseo argumentar que niños y jóvenes deben leer literatura.

¿Por qué?

Porque el pensamiento poético es un modo de conocimiento tan serio y trascendente como el pensamiento racional. El arte en general y la literatura en especial "conoce" y explica la realidad de un modo particular y, como tal, insustituible. Un conocimiento que de ningún otro modo

podríamos adquirir. Y sin el cual crecemos con desventajas emocionales, con limitaciones sensitivas. El arte ejercita, como ninguna otra cosa, la emoción, la imaginación, la intuición, la capacidad de perdonar y de soñar.

La literatura no puede sumarse, sin más, a las propuestas del mercado: rapidez, facilidad, se usa y se tira, no duele, no salpica, no pesa. Si así fuese, la literatura perdería su finalidad.

Leer un texto literario no es leer cualquier otra cosa. Porque el arte no tiene ningún parentesco con la utilidad tal como solemos concebirla: un intercambio, una transacción, unos resultados mensurables. Porque el tiempo de la literatura no es el tiempo que, a diario, ganamos, perdemos, ahorramos, invertimos... El tiempo que, al fin, en justa venganza, nos pasa por encima.

Es en el arte y en el amor donde podemos percibir el tiempo como algo distinto al dinero.

Si leer dos páginas literarias lleva el mismo tiempo que leer dos libros sin valor estético alguno, me quedo con las dos páginas arduas pero decisivas de la literatura.

No hay en esta afirmación una descalificación de otras lecturas que bien pueden servir como acceso. Pero que jamás pueden sustituir la experiencia que genera el arte literario.

Termino pensando en el destinatario de este artículo. El niño, el joven...

El que baila sobre las teclas como un demonio.

La que se pinta los labios usando la pantalla como espejo.

El que acepta la vida y la muerte con la lógica de los efectos especiales.

La que se asusta por la promesa de su pubis.

El que se muerde la punta de la lengua para escribir.

El que escarba hasta el fondo de los bolsillos para ver si su moneda tuvo cría.

El del jeans desvalido.

La que sueña a la intemperie.

La del hambre.

El que se dibuja por el lado de afuera porque quiere dibujarse por el lado de adentro...

Si tuvieran voz en este escrito, tal vez nos pedirían más coraje. Posiblemente nos dirían que necesitan y agradecen que escribamos cada línea como si quisiésemos, aunque no sea cierto, cambiar el mundo. Y dárselos como nuevo para que puedan crecer.

La literatura nos enfrenta al lenguaje estético, nos enfrenta al cómo y al por qué, no solo al qué, la literatura que es tal por lo que dice y por lo que calla. La literatura cuesta trabajo y qué suerte que así sea, porque hacernos hombres y mujeres también cuesta.